

NARBÓN Y SU PINTURA CONCIENCIA

MANUEL VAZ-ROMERO NIETO¹

I. RASGOS BIOGRÁFICOS

1. INTRODUCCIÓN

Escribir una biografía de Juan José Narbón, confieso que es para mí un regalo literario, por el atractivo de su fuerte personalidad, por la hondura de su obra y, sobre todo, porque soy consciente de que su trayectoria artística ha dejado en la tierra que tanto amó, una honda huella de alta categoría plástica, trasunto directo del hombre que siempre fue: un rebelde a las normas impuestas, a la rutina y a la pasividad, a la vacía mediocridad, en general, y a la falta de innovación artística. Pero si Narbón fue un gran artista, no en menor grado hay que hablar de él como persona y como ciudadano ejemplar. Un ciudadano libre y sin ataduras, tolerante y abierto a todos. Una personalidad poliédrica, contumaz en sus proyectos, tenacísimo en sus constantes trabajos, duro en la lucha por la vida, amante de su esposa y de sus hijos, que siempre constituyeron la base nuclear de su existencia.

Siempre poseyó una figura atrayente y llena de aristas, porque era así ante la sociedad en que vivió, respondiendo a su peculiar personalidad, plural y sin ambages, en permanente actitud de romper moldes y sendas demasiado holladas. Como arco tenso, siempre estaba dispuesto a lanzarse sobre las metas que se proponía, con todo entusiasmo y sin el menor desaliento. Como una fuerza llena de vigor, procediendo sin desmayo, sin pensar jamás en el repliegue de sus fuerzas, ante los retos que la vida le fue poniendo delante.

¹ Doctor en Geografía e Historia. Miembro de la Asociación Española de Críticos de Arte.

Los años pasaron y fue creciendo en carismas que dieron como resultado una personalidad proteica, donde emergería su autenticidad, sin dobleces y sin segundas intenciones. Y es que Narbón en todo era directo y transparente, aunque, a veces, se convertía en un hombre irascible, ante actuaciones que él consideraba erróneas y fuera de toda lógica. Y si era de natural crítico, no por eso dejaba de levantar monumentos a la amistad, teniendo buenos amigos, buscados y hallados en los sitios más dispares. Pues lo mismo mantenía largas tertulias con los ricos que con los pobres, con médicos y abogados que con braceros, con ejecutivos que con modestos trabajadores, con los que tenían su misma ideología que con sus adversarios políticos.

Polemista y discudidor, era proclive a confrontar ideas y sacar adelante sus formas de pensar y de ser, mostrándose reticente ante los posicionamientos lanarres, lejos de toda discusión. Y fue, especialmente, ordenado y metódico en todas sus cosas. En cierta ocasión que lo visité, al objeto de hacerme el regalo de uno de sus cuadros, pude ver las numerosas carpetas donde guardaba toda clase de documentos, fotografías, catálogos, datos y notas con los más variados aspectos de su trayectoria artística, así como una amplia estancia donde almacenaba, con amor exquisito, una larga colección de lienzos, que, un día, muy próximo por cierto, irían a engrosar el museo bajo cuyo nombre tendría en la localidad de Malpartida de Cáceres.

Y si era hombre de ciudad, por la oportunidad que le daba para enriquecerse como persona y como ciudadano, no por eso dejaba de amar la naturaleza, el campo abierto y los horizontes de tierras hondas y hermosas, no sólo de Extremadura, sino de gran parte del país, al que gustaba recorrer, junto a su esposa, Maruja Romero, tan inquieta y proclive como él a saciarse de otras culturas y sensaciones... Pues también era hombre de pueblo, lo que se puede constatar viendo que, un día, se trasladara a vivir a Torrequemada, localidad muy próxima a Cáceres, viviendo en la placidez del campo.

Al final de todo, es preciso que recapitulemos diciendo que estamos ante un personaje de fuerte personalidad, con valores auténticos, modélico comportamiento como ciudadano y como amigo, compañero, gran artista y apasionado por realizar la obra bien hecha, tras madura inspiración, que en esto, ocuparía uno de los primeros puestos en su región extremeña. Y el primero, sin duda, en el arranque de la creatividad, en el alumbramiento permanente de innovaciones siempre interesantes.

2. UNA INFANCIA LASTRADA POR LA GUERRA CIVIL

Nuestro personaje, hijo de Samuel Narbón, natural de Canet de Berenguer (Valencia) y de Julia Terrón, de Zarza la Mayor (Cáceres), nació el 19 de mayo de 1927, en la localidad de San Lorenzo del Escorial (Madrid), donde su padre trabajaba, dando clases de mecanografía, como profesor del Colegio de Huérfanos,

del Cuerpo de Carabineros, ostentando los galones de cabo; centro donde había ingresado a los seis años de edad, y en el que, precisamente, conoció a su futura esposa, hija del secretario del Ayuntamiento, de mencionado pueblo cacereño.

Era en la familia, Juan José, el tercero de los cuatro hijos que integraba el matrimonio, a saber: Samuel, Julia, Juan José, y María, la más pequeña. Los cuatro hermanos hacían una vida no exenta de privaciones, dado el magro sueldo del progenitor, junto a su esposa, una de las tradicionales amas de casa, ligada a sus faenas diarias, y sacar los hijos adelante, educándolos y alimentándolos...

La infancia, por tanto, de nuestro protagonista discurría sin contratiempos, alegre y confiada, con sus juegos y amigos, tras finalizar la jornada escolar, pues dado su carácter abierto, no le faltarían con quien llenar las horas de la tarde, hasta la hora de cenar. Era de pequeña estatura, pero no sucedía así con su ingenio, despierto e inteligente, pronto a contar con una sólida personalidad, desde sus más tiernos años. De ágil memoria y clara inteligencia, muy pronto serían detectadas tales prendas por sus maestros, que veían en él a un muchacho vivaracho y travieso, un poco rebelde, como tuvo ocasión de ser, a lo largo de toda su trayectoria humana. Pero la estadía en el escurialense pueblo, era preciso abandonarla, porque su padre, en 1931, solicitaba traslado a Bilbao, en cuya ciudad las circunstancias para la educación de sus hijos iban a ser mejores. Así, pues, todo iba a ser nuevo para él, en la industriosa y pujante urbe vasca, llena de ruido y chimeneas, de las numerosas fábricas, que constituían un verdadero emporio industrial, lo que destacaba aún más, dentro de aquella España postrada por la precaria situación económica de aquellos años.

No iba a ser la vida de Juan José tan plácida como la anterior, porque, en estos años, las huelgas y los movimientos obreros incidían en el quehacer normal de las gentes, aunque no dejaría de recordar tal época llena de vida y ganas de abrirse, dada su precocidad, a nuevas experiencias, vistiendo todavía pantalón corto. De todas formas, el futuro pintor no dejaría de guardar un grato recuerdo de aquellos años, en una infancia llena de juegos alegres con sus amigos del colegio. Pero el país va a dar un giro de ciento ochenta grados, pues los derroteros de la República no van estar libres de toda clase de ataques por parte de las fuerzas políticas reaccionarias, mientras el paro se extendía, las masas obreras exigían mayores salarios y la población empezaba a ver en peligro la propia existencia del régimen. En este caldo de cultivo, tendría lugar el levantamiento, por parte de un sector del Ejército, contra el gobierno legítimo de la República, protagonizado por un puñado de generales.

Su vida, en la que, durante su adolescencia y primera juventud, estarían llenas de privaciones y sufrimientos, y lo que es peor, la pérdida del padre, desaparecido en el frente de lucha, iniciada ésta un 18 de julio de 1936. Cumplía aquél sus servicios militares, a la sazón, en la localidad vasca de Sestao, cuando Juan José frisaba en los nueve años.

Su vida, en tan difíciles circunstancias, se volvía compleja y llena de privaciones, por lo que, mientras el padre permanecía en el frente norte de la Guerra,

ya ascendido, en el año 1937, a comandante, nuestro pequeño protagonista tenía que ayudar como podía a la supervivencia de la familia, vendiendo hierro por los pueblos, utilizando como medio de locomoción enganchado en el parachoques de los tranvías, “al que se agarraba como una lapa, no soltándose por mucha arena que le tirara el revisor”.

De todas formas, el niño seguía siendo niño, y como tal, no faltaba a los juegos propios de esta edad; uno de ellos, parece ser que estribaba en tapar unos hoyos con hojarasca, mientras que, por las noches, cuando la sirena avisaba de la llegada de los aviones del ejército enemigo, observaba, con alborozo, cómo algunos no podían llegar al cercano refugio, al caer en las trampas hechas por ellos. Pero eran más los ratos llenos de zozobra y miedo que pasatiempos, en un medio apacible y relajado, porque, según cuenta el mismo Juan José, toda su familia estuvo a punto de fallecer por asfixia, al tapar las bombas tres de las cuatro salidas del refugio donde se hallaba.

Tales hechos no dejaban de preocuparle, mientras que el pavor y la zozobra sacudían su cuerpo, en medio de tantas calamidades, con soldados que marchaban al frente, abundando los socavones producidos por las bombas, los sacos terreros contra la metralla enemiga, además de gritos y voces surgidos en circunstancias tan comprometidas con hasta peligro de muerte... Miedo que haría a nuestro adolescente tener que dormir vestido, para estar presto en el caso de verse obligado a salir corriendo, en unión de su madre y hermanos, sin dejar atrás las “dos gallinas que tenían”, dada la hambruna que ya empezaba a hacer estragos en la población, lo que les obligaba a comer las cosas más inverosímiles.

Seguía el curso de la Guerra y continuaban las muertes, sin dejar de llegar a sus oídos infantiles el resultado de muchas pérdidas por parte de las posiciones republicanas, ante el empuje de las rebeldes, dirigidos por el general Mola. Ya había caído San Sebastián, y pronto, en 1937, Bilbao. Pero habrá un hecho singular en tan críticas circunstancias, como fue el acontecimiento doloroso del bombardeo de Guernica, del que fue espectador su padre. Por estas fechas, recordaba Juan José, con especial interés, “una noche en que su padre llegó a casa; y, llorando de rabia, tiró su corraje, las botas y su uniforme a la pared: venía de revisar las pérdidas ocasionadas por el bombardeo de Guernica”.

Ante tanta destrucción y peligro para la población no combatiente, el gobierno de la República decidía la evacuación de los niños, mujeres y ancianos, dos meses antes de que los nacionales iniciaran su ofensiva sobre Bilbao. El viaje a Francia lo iban a realizar en el carguero Zurriola. Pero, tanto el padre como el hijo mayor, Samuel, permanecieron en dicha ciudad, mientras que nuestro pequeño y el resto de sus hermanos, con su madre, tomaron un barco en Santurce, que tardaría cuatro días y cuatro noches en desembarcar en el vecino país de Francia, “después de perdonarles la vida el ‘Balears’”.

La odisea comenzaba para todos ellos, aunque ésta se mitigaría dado el modélico comportamiento del pueblo francés, que no dudaba en ayudar a todos cuantos empezaban a sufrir las penalidades del inesperado exilio, tratando de mi-

rar por su estado sanitario, y tras llevarlos en tren, colocándoles en las diferentes localidades del trayecto. Sobre esto se ha dicho que los “franceses tenían un gran sentido de bondad y justicia, pues había que ver cómo respondió el pueblo, ya que, en cada sitio donde parábamos, durante el viaje en tren, la gente nos daba comida”.

A este respecto, es preciso señalar que la familia de Narbón quedaría establecida en la ciudad de Joiny-Yonne, en las proximidades de París, y “recogida en un colegio-convento”, por lo tanto muy alejada de la frontera española. Parece que nuestro protagonista no habla mal de tales experiencias, sino que tiene, a pesar de todo, gratos recuerdos, aunque permaneciendo sobre ellos el insistente pensamiento del paradero del padre y del hermano mayor. Incógnita que podría haber desaparecido tan pronto como recibieron un telegrama, enviado desde Santander, que sólo decía: “Espérote. Samuel”. Pero no fue así, pues desconocían si se trataba del padre o del hermano mayor, al tener los dos el mismo nombre. Mientras tanto, permanecerán en Auxerre hasta que fueran obligados a repatriarse.

A tales adversidades se uniría la que luego sobrevino, una vez transcurridos siete meses, al ser expulsados, tras haber recibido del gobierno Negrín “150 pesetas diarias, cada uno”. Es el momento en que el gobierno francés les indica que podían elegir “las dos fronteras españolas: la nacional y la roja”. Será ésta, como es lógico pensar, la elegida, volviendo a España cruzando la frontera de la Junquera, mientras iniciaban la búsqueda del padre y del hermano.

Se trata, pues, de un tiempo de hégira y destierro, con todas las incomodidades inherentes, intentando establecerse en los lugares más desconocidos, pues, en una localidad de Gerona se vieron obligados a vivir con unos campesinos que se apiadaron de ellos. Poco después, se trasladarían a Valencia, a fin de buscar a la familia del padre, de la que no sabían su paradero. En otro momento, tuvieron que pasar una temporada en el granero de unos labradores, de Villanueva de Castellón, mientras su alimentación era de pura supervivencia, con el casi exclusivo alimento de unas naranjas. “Éstas se podían coger, pero las alcachofas, no”, dirá nuestro joven personaje.

3. EL ARDUO CAMINO DE LA POSGUERRA

Finalizada la Guerra, en 1939, todo eran penalidades, pues los ahorros de la madre ya no tenían valor alguno, lo que hizo que la familia decidiera marcharse a Madrid, donde vivía un hermano de aquélla. El viaje no estuvo exento de entrañable interés, dado, sobre todo, el sensible corazón de Julia Terrón, una madre coraje en toda regla que, llevando una maleta llena de latas de sardinas, las repartió entre los viajeros hambrientos. Una vez llegados a Madrid, “pudieron alquilar un carro en la estación de Atocha, gracias a que un ex-boxeador se compadeció de ellos y les dio 25 pesetas”.

Después de pasar dos meses en Madrid, en que la vida era cada día más difícil, la madre y sus dos hijos irán en pos de su querencia natural, que no era otra que la tierra que la vio nacer: la provincia de Cáceres, donde ha de vivir con dos hermanas. “Llevábamos mucho tiempo sin comer pan; y de esta ciudad -dirá aquélla- recuerdo la calle Paneras, llena de mesas con manteles blancos y encima montones de barras de pan”. En fin, estando ya los tres en su destino, se enteran de que quien había enviado el telegrama era el hermano mayor, ya que el padre había desaparecido en el sitio de Bilbao, perdiendo, además, la casa por efectos de los bombardeos.

Ya en Cáceres, Narbón se ve trasplantado a la tierra a la que va a amar de manera apasionada, al quedar prendado de sus costumbres y paisajes, de los que, andando el tiempo, va a sacar uno de los capítulos más preciados de su quehacer artístico, pues, cada vez, se sentirá más extremeño, en cuyo sentimiento, sin duda alguna, va a colocar las vigas maestras de su andadura plástica, que ya nunca ha de abandonar.

Mientras tanto, la vida seguía, a pesar de la trágica noticia de la muerte del padre, pero, de manera urgente, era preciso sacar dinero donde se pudiera; de ahí que la madre trabajará de costurera, y Juan José realizará toda clase de oficios, bien llevando maletas desde la estación, o vendiendo frutas en el mercado, etc. Más tarde, se hará botones en el Sindicato de la Piel, en el de los zapateros, cuyo ambiente despertará su profunda vocación artística. Sobre este punto, el mismo Narbón expresaría: “Allí me trataron, como padres, Basilio Sánchez Peña, Luis Martín, Francisco Cebrián y Rosado”. Pero poco duraría esta bonanza, en que ganaba 100 pesetas al mes, puesto que, al sobrevenir el reclutamiento de jóvenes para su enganche en la División Azul, cuando tenía 14 años, lo echaron de dicha colocación, al oponerse al alistamiento para ir al frente alemán. De todas formas, el citado Sánchez Peña, lo recogió empleándolo como “chico de los recados en su zapatería de la calle Pintores”. De este puesto, no mucho tiempo después, pasaba a trabajar de botones en la Dirección Provincial de Auxilio Social, en que estaba su hermano Samuel.

Conocidas las actitudes para el arte, especialmente para pintar, su amigo, Francisco Martínez, estando al tanto de las grandes cualidades artísticas de Juan José, le animó a inscribirse, en 1942, en la Escuela Elemental de BB. AA., de Cáceres, en la que iniciaría su largo periplo de pintor. En dicho centro, recibirá clases de Juan Caldera, y, a la muerte de éste, del profesor de dibujo, del Instituto, Emilio Macías. Simultáneamente, entrará en contacto con el pintor, repujador y escultor, Eulogio Blasco, “El Mudo”, con el que entabló una íntima amistad.

Cuatro años después, en 1946, decidía marchar a Madrid, en que permanece junto al calor de un pariente suyo, donde trabajará en una agencia de representaciones. Por esta época, seguiría con su aprendizaje bajo la dirección del pintor pacense, Fernando Moreno Márquez, con el que realiza sus primeros bodegones. Luego, vendrá el vuelo hacia otros horizontes de libertad, donde su recia personalidad hará caso omiso de estos primeros pasos.

3.1. *La Escuela de Bellas Artes de San Fernando*

Transcurridos otros cuatro años, en 1950 —frisaba Narbón en los 23—, nuestro joven no ha de parar hasta lograr tal deseo; pero Cáceres no le iba a proporcionar los medios para ello, al carecer de centros donde recibir una definitiva formación académica. Por lo tanto, con la ayuda del cacereño, Javier García Téllez, a la sazón presidente del Patronato de Formación Profesional, logrará que le concedan una beca para estudiar en Madrid, en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando.

Es evidente que las expectativas de Juan José iban a dar una vuelta decisiva en su vida. Era lo mejor que le podía pasar: tener la posibilidad de conseguir una sólida formación. Iniciados sus estudios, sería alumno de profesores de gran renombre, como el extremeño Eugenio Hermoso, Laviada, Pedro Bueno, Soria Aedo, Stolf, etc. No obstante, empezó a sentir una cierta desazón, pues le parecía que los profesores le ponían grilletes, por lo que empezaba a tener unas ganas enormes de sacudirse sus normas, en medio de una escolástica “arcaica, deformante y sin interés”. Era su primer brote de rebeldía, ante todo lo que encorsetara su arte. Por eso, sin examinarse del tercer curso, tiraría por la borda la posibilidad de lograr la titulación académica de la Escuela de BB.AA. de San Fernando. Tendría, entre otros compañeros de clase, al hoy famoso pintor manchego, Antonio López y al hijo del caricaturista Orbegozo.

En esta situación, de inesperado desencanto, no regresó enseguida a Cáceres, sino que, deseando aprovechar la beca, continúa su formación, por algún tiempo, y por libre, acudiendo al Casón del Buen Retiro, mientras asistía a toda clase de exposiciones, y se relacionaba con parte de la élite de los artistas de aquella época. Era, así mismo, una ocasión propicia para visitar al gran pintor vasco, Ignacio Zuloaga, del que recibió una gran influencia. También, haría amistad con los hermanos Zubiaurre, a los que conoció por medio del artista cacereño, Eulogio Blasco.

3.2. *Un peregrinaje de supervivencia*

En 1953, dejados ya los estudios, marcharía a la localidad onubense de Ríotinto, donde residía su hermana Julia, una querencia familiar que los miembros de esta familia tuvieron muy acusada. No le va a faltar a Narbón algo a que dedicarse, pues, enseguida, encontrará ocasión para tomar parte en decorar las carrozas que se exhibían en los festejos de este pueblo andaluz, mientras pintaba bodegones y paisajes de la tierra, y, quizás, algunos retratos de encargo.

Al no encontrar una colocación fija, donde ganarse la vida de forma menos provisional, era consciente de que no podía continuar de esta manera tan precaria. Esta es la razón por la que, un año después, dará el salto a Valencia. Su traslado lo haría buscando la sombra de un pariente, perteneciente a la familia de su padre,

desaparecido, como sabemos, en el frente de Bilbao. Pondrá sus reales, por fin, en Puerto de Sagunto, aunque sólo va a estar trabajando en el taller de Cerámica de Mediano, un año escaso, puesto que, por enésima vez, estaría descontento con las condiciones de trabajo que se le brindaba. Y se propone regresar a Cáceres.

En 1955, al ver que las circunstancias de colocarse en Cáceres no eran nada halagüeñas, de nuevo se dirige a Riotinto (Huelva); pero en este lugar minero, de pocos horizontes para sus proyectos artísticos, no va a lograr lo que busca, pues, únicamente, se limitará a realizar alguna exposición, de carácter individual, en el llamado “Salón de los Ingleses”. De ello recibiría algunos ingresos, que no le resolverán la vida. ¿Qué hacer? A unos kilómetros más arriba, estaba Sevilla. Y allá que se va.

De todas formas, seguirá sintiendo las dudas ante el futuro que le aguarda, pues no se fía de cómo le va a ir, en esta otra oportunidad, después de tantos intentos fallidos. Quiere instalarse, por fin, de manera permanente y comenzar una vida seria y fructífera. Recursos tiene. Creatividad no le falta. Coraje para soportar calamidades, tampoco. Sólo le bastará ese golpe de suerte que le pueda propiciar giros definitivos a tantos como la han buscado. El lugar no puede ser más sugestivo. El paisaje, deslumbrador. Ya tiene amigos. Ya conoce gentes que le pueden echar una mano...

Pero transcurrido algún tiempo, una vez más decide tomar su maleta, recoger sus cosas, tragar saliva y volver a la tierra de su madre: Cáceres. Allí, piensa que, a lo mejor, no le habrá de faltar trabajo. Y regresa. Estamos ya en 1958. Mientras tanto, la levítica ciudad seguía anclada en su arcaico provincianismo.

Esta es la situación en que Narbón, ya con 31 años, encuentra a su vieja ciudad. El horizonte, pues, no es muy halagüeño; no obstante va a hallar, en ciertas amistades, la ocasión de iniciar algunos trabajos que le reportarán cierta ayuda para remontar en su situación económica. Esta amistad la tendrá en Anselmo Gilardi, un empresario que le daba la oportunidad de realizar ciertas decoraciones murales, a guisa de “frescos”, en varias cafeterías y locales comerciales, tanto en Cáceres, como en Mérida y Salamanca. Situación que le proporcionó algunos ingresos, con cuyos ahorros, y en compañía del conocido fotógrafo, cacereño, Domingo Caldera, marcharía a Alemania, un referente de emigración para muchos trabajadores españoles.

4. LA AVENTURA DE LA EMIGRACIÓN. OTRAS EXPERIENCIAS

Se iniciaba la década de los 60, con todo lo que iba a tener de apertura, de movilidad laboral y ajustes económicos, en el régimen de la dictadura, pero el paro obrero era penoso, los salarios, bajos, y el futuro incierto. Mientras tanto, y tras haber realizado el primer amago como emigrante, dos años después, se involucra en la IIIª Exposición de Pintura, que fue patrocinada por el Ayuntamiento de Cáceres, bajo la presidencia del Alcalde, Luis Ordóñez Claros. A dicho

evento acudieron muchos pintores de la tierra, como: V. Martínez Terrón, Juan Narciso, Pilar Durán, J.Luis Córdoba, Antonio Millares, Sixto Ruiz, Damián Arroyo, Tomás Bergoyo, Basilio Sánchez, Pilar Durán, Francisco Simón, Antonio L. García, M.^a Murillo, Eustaquio Harto, Francisco Díaz, y R. Galán Díez, etc.

Pero se trata de fugaces experiencias que no acababan de llenar a nuestro personaje. Esto es lo que le hace poner tierra por medio, dirigiendo, de nuevo, su mirada a la emigración, a través de países como Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, etc. En el primero de ellos, permanecerá, durante año y medio, en primer lugar en la ciudad de Hohelimburg, en una fábrica de estampas textiles, y, más adelante, en Dusseldorf, en una empresa metalúrgica.

No obstante, Narbón no va a dedicarse, sólo, al trabajo, puro y duro, para su subsistencia económica, sino que aprovecharía su estancia en el país germano visitando exposiciones, conociendo galerías de arte, y entablando ciertas amistades con algunos colegas, a pesar de la muralla del idioma, al tiempo que abría los ojos ante las vanguardias artísticas con que se iba a encontrar. De esta manera, no tardaría en quedar prendado de la obra de Paul Klee, mientras tomaba contacto con el que habría de tener, en el futuro, una gran amistad: Wol Vostell, creador del museo de Malpartida de Cáceres, quien le invitó a contemplar sus peculiares “happenigs”. Pero, junto al trabajo que realiza en dicho país, y tras la búsqueda de su sitio como artista, hay algo que ha de realizar muy pronto desde el punto de vista humano. Es decir, se casa —y por poderes— con una cacereña, Julia Romero, hermana de los periodistas, Enrique y Gabriel. En 1963, nacían sus dos hijos: Juanjo y Ana.

Dos años después, tendría ocasión de crear, a la altura de 1965, con su socio, Manuel Márquez de Prada, la empresa “Gallery Art”, en la que se dedicó a trabajos de decoración, especialmente en estancias interiores, mobiliarios varios y numerosos murales, que hoy se pueden admirar en varios edificios de Cáceres.

Por fin, Narbón, ya en 1966, va a comenzar a dar clases de pintura en la Escuela de Bellas Artes de la Excm. Diputación de Cáceres. Es algo que le halaga mucho, pues ya poseía un buen arsenal de conocimientos para poder transmitirlos a las nuevas generaciones. Aquí pasaría unos años, mientras que no abandonaba su propia producción artística, con nuevos hallazgos plásticos, “en busca de un estilo”. Unos ensayos hacia rutas vanguardistas, en su conocida audacia de romper moldes, inventar lenguajes y crear símbolos, de gran voltaje expresivo.

Estamos ya en los inicios de la década de los 70, en que va a cuajar, en cada una de las exposiciones que realice, un estilo ya plenamente maduro, lleno de fuerza y originalidad. Podrá no gustar al público, pero de lo que estamos seguros es de que no va a pasar desapercibido. En Cáceres y Badajoz, sus obras fueron expuestas con asiduidad, empezando a ganar algún premio de fuste, como el Tercero, con ocasión de la V Bienal Extremeña de Pintura. Por otra parte, en 1974, dibujaba alguna portada de novelas, destacando la que realiza para la obra “Tierra desolada”, de Agustín Salgado Calvo. Más adelante, en 1976, hizo la portada de la

novela, "La elegida", de Jaime Lara Meléndez, y, seguidamente, la de "La cuerda", de Juan Luis Cavo, etc.

5. CON VOSTELL EN LOS BARRUECOS. SU ESTANCIA EN CATALUÑA

El año 1975 va a ser crucial, ya que tiene la oportunidad de brindar al artista alemán, Wol Vostell, el paisaje de los Barruecos, en las inmediaciones de Malpartida de Cáceres. Sus numerosas peñas, peinadas por la erosión, y los nidos de cigüeñas apostados en sus poderosos lomos, van a ejercer en el germano una gran fascinación. Su soledad y su aire puro, junto a una pequeña presa de agua, antiguo lavadero de lanas, harán que Vostell pensara en crear algo que se saliera de lo común. De ahí que decida ubicar, en dicho lugar, el museo actual, para muchos algo sin sentido y para otros, un complejo artístico, que el autor de estas líneas llamaría: "Metáfora visual de una denuncia", título con que encabezaría una serie de tres artículos, publicados en el diario, "Hoy", en septiembre de 1994.

Pues bien, este remanso rural se lo mostraría Narbón a Vostell, una mañana de primavera. No quedó defraudado el maestro del happening europeo, donde, posteriormente, dejaría asombros de fragua creativa, con feroces diatribas contra esa sociedad que se muestra incapaz de romper el anillo de acero, que no es otra cosa que las grandes alienaciones que le atenazan...

Pasados los años, parece ser que los dos maestros tuvieron algún desencuentro, por lo que sus ingenios, que podían haber trabajado juntos, no se dieron esa oportunidad. Transcurrido algún tiempo, en 1976, tendría lugar la inauguración del Centro Creativo del Museo Vostell Malpartida. Pero Narbón no se arredra, ante un presunto desaire por parte de Vostell, sino que, siempre rompedor, prueba, una vez más, el regusto del traslado a otras tierras, esta vez a Cataluña, concretamente a Gerona, después de haber entrado en contacto con el "Grupo G", de Barcelona, y con otros varios artistas y galerías. Serán las series: "Campos de concentración", en que rememora la tragedia bélica de la incivil contienda del 36-39, y "Gerona", las que van a tener en jaque a sus pinceles. Mas no ha de tardar en volver a su terruño, una vez más, pues su salud se resiente, dado el clima de Gerona, por lo que desiste permanecer allí por más tiempo, regresando a Cáceres.

6. NARBÓN SE UNE A UN GRUPO DE PINTORES. OTRAS SERIES. LA CASA DE LOS CABALLOS

Nuestro personaje ahora no dejará de vislumbrar que hay otros artistas, como él, que buscan nuevos horizontes donde poder realizar sus proyectos, que, en muchas ocasiones, quedan como testimonios sólo asumibles por las élites, pues Cáceres suele ser una ciudad de estéticas continuistas, apegada a sus tradiciones

en lo que al arte se refiere. Nos estamos refiriendo a un grupo de pintores que, bajo el nombre de “Colectivo”, expone sus propuestas, a los que se une Narbón. Estos artistas eran Fernando Carvajal, Valentín Cintas, Ángel González, Emilia G. y J.J. Gutiérrez.

Su primera salida a la palestra como colectivo tiene lugar en la primera SACOM del Museo Vostell Malpartida, mediante la llamada acción “Yerba sobre el asfalto, asfalto sobre...”, de carácter acusadamente vanguardista. Mientras tanto, Narbón permanece creando sus obras que tienen su pleno desarrollo en la segunda parte de este ensayo biográfico (serie “Cabezas”, “Simbiosis”, “Oficinas”, etc.). A su exposición, “Homenaje al Barrio Judío”, una especie de isla plástica, entre tanta audacia rompedora, se une la gran muestra, ubicada en la Sala de arte “El Brocense”, “Sociedad de consumo”; de resabios muy críticos, dicho acontecimiento tuvo lugar en 1981. Por esta época, su trabajo como ciudadano normal se centraba en el Instituto de Higiene y Seguridad en el Trabajo.

Al año siguiente, sería el Museo de Arte Contemporáneo, “Casa de los Caballos”, el núcleo artístico que ha de concitar a un buen número de grandes pintores del país, a los que nuestro personaje no dejará de aproximarse, a fin de recabar de aquéllos algunas de sus experiencias, por sintonizar con las vanguardias que ellos profesan. Por eso fueron gratamente bienvenidas para Narbón tales muestras, que, a lo largo de cuatro años, fueron exhibidas en dicho museo, por maestros tales como Chillida, Guinovart, Chirino, Canogar, Palazuelo, etc. Otras exposiciones de nuestro personaje —“Bandejas de cartón” y una que recapitula la producción de los últimos años— completan el ciclo de esta época. Nuevas series saldrán a la luz en 1983, entre las que destacan “Simbiosis” y “Hoja de encina”, y, al año siguiente, “Pájaros”.

7. DIRECTOR DE LA ESCUELA DE BB.AA. EN LA CONSEJERÍA DE CULTURA

En este permanente batallar, desde que era un jovencito, no había dejado de poner en valor su constante tenacidad, pues no dejaron de surgir ciertas reticencias por parte de algunos, que ponían en solfa mucho de lo que realizaba. Y es que su arte iba por derroteros siempre heterodoxos, con relación a los gustos generalmente existentes en su entorno. Pues bien, a pesar de todo ello, Narbón triunfa. La prueba más fehaciente la tiene el lector con ocasión de ser elegido Director de la Escuela de Bellas Artes de la Diputación, durante cuyo mandato lograría que se extendiera la enseñanza reglada de dicha Escuela a un número mayor de asignaturas. Era el momento en que su pintura había sido reconocida, por fin. Estamos en 1984.

Mientras tanto, su quehacer laboral se trasladaría a los Servicios Territoriales de la Conserjería de Educación y Cultura. En este nuevo empeño no va a dejar de

colaborar en cientos de cosas, como sería su presencia artística, itinerante, en la provincia, a la vez que se integraba como redactor en el periódico “Anaquel”, que fue editado por la Conserjería. Otras series afloran, como “Puertas”, donde expone su gusto por colores de poca tensión lumínica, permaneciendo fiel a los deseos de sus casi omnipresentes cromías neutras.

Por ahora, también, no hay que dejar de mencionar su nombramiento de director de la Escuela de Bellas Artes “Rodrigo Alemán”, en Plasencia, una responsabilidad más que corroboraba, de forma fehaciente, cómo nuestro protagonista iba siendo admirado por sus progresos constantes. A la vez que no dejaría de seguir produciendo otras cosas, como lo que él denomina “Ilustraciones chistes”, que publicó en el diario “Extremadura”, plenos de virulenta crítica.

Surgirán nuevas exposiciones, como la que tenía lugar en la Biblioteca Pública de Cáceres (“Grafito Rural”), con sugestivas series, como “Burros”, “Brujas”, “Floreros”, “Las puertas del cielo”, “Las escaleras del cielo” “Animales en el limbo”, etc. Y, sobre todo, la que, en 1989, se celebraría en la Sala de Exposiciones Ortega Muñoz, de Badajoz, por la Consejería de Cultura. “Cuelga” que fue trasladada, más tarde, a la Asamblea de Extremadura y al Complejo Cultural San Francisco, de Cáceres. Posteriormente, fue la Sala “El Brocense”, la que acogía su producción última (“Sensaciones casuales”), que, igualmente, estuvieron presentes en las ciudades lusitanas de Campo Mayor y Castelo da Vide. Seguirían, posteriormente, otras series completando su fecundo periplo plástico.

8. GALARDONES RECIBIDOS

Mientras tanto, no dejaban de llegar a nuestro protagonista reconocimientos y galardones, por su obra realizada y, al fin, reconocida por una gran mayoría de personas. En 1990, Juan José Narbón sería nombrado “Extremeño de Hoy”, por el periódico regional, “Hoy”, de Badajoz, y al año siguiente, en 1991, la Junta de Extremadura le concedía la Medalla de Oro de la Comunidad, como premio a sus grandes méritos artísticos, a la vez que por su sensible aportación a la cultura extremeña. Reconocimientos que no le evitarían seguir en su labor constante de producir otras series llenas de reflexiones y teorizaciones sobre los más diversos aspectos. Todo ello quedó plasmado en obras, tales como “Burros”, “Descorche”, “Hombres-canchos”, “Pájaros en el tronco”, etc. Siguiendo, luego, la serie, llena de aliento humano, como la denominada “Hospitalización”, que venían a ser, como él mismo la definiera: “Dibujos realizados en mi operación, en el Hospital Ramón y Cajal, de Madrid”. Otra sería la dedicada a los “Cuerpos humanos”, “Números” y “Sobres”.

Este es el Narbón batallador, pertinaz navegante de lo nuevo, hombre de creación y de seguir interrogándose ante lo que pocas veces fue hollado por

otros... Hortelano de horizontes y surcos hondos, por lo que nunca sería el romántico que sólo se llenaba de sus soledades pensantes, ni se autoproclamaba sólo como abanderado de diletantes ideas, sino que, muchas veces, también supo ver las urgentes necesidades de lo que el arte, en su entorno, estaba pidiendo, a fin de que redundara en beneficio de su región extremeña y de su provincia cacereña, en particular. Por eso, se ha de reconocer, como ya se adelantado, su interés por que se fueran incorporando a la Escuela de Bellas Artes de la Diputación, "Eulogio Blasco", un mayor número de disciplinas que pudieran cursar sus alumnos, y, por otra parte, su preocupación porque tal centro se convirtiera en Escuela de Bellas Artes, o bien conseguir para Cáceres la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Extremadura.

9. OTRAS MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS

Continuaba, mientras tanto, con otras manifestaciones plásticas y con otras pruebas de su ingenio fecundo, especialmente a través de sus series: "Brujas", "Fantasmas", "Perfiles", "Puertas-sillas", donde la cartulina y los papeles de colores van a ser los soportes... Una producción que va a surcar los nuevos aires del panorama artístico nacional, cuando, en el evento de la Exposición Universal de Sevilla, en 1992, exponía parte de su obra, con cuadros en que el soporte es de modesta arpillera, a la que se sumaban los más diversos objetos del mundo rural. Por entonces, también, colgaría una muestra dedicada al burro, con ocasión de la celebración, en la localidad cordobesa de Rute, de la Conferencia Internacional, sobre este animal doméstico, al que nuestro personaje dedicó uno de sus más entrañables estudios.

En el año 2000, en que los pinceles de Narbón doblaban el cabo de una esperanza nueva, teniendo ante sí el vestíbulo del siglo XXI, habría de recibir un nuevo homenaje, por parte de la Escuela de Bellas Artes "Eulogio Blasco", de la Excm. Diputación de Cáceres. En dicho evento participaron los alumnos que habían recibido la formación artística del maestro, siendo profesor de dicha Escuela. Al homenaje se le uniría la magnífica muestra que tuvo lugar en el Complejo Cultural de San Francisco, de dicha ciudad.

Estábamos ya en el último tramo del proceso creador, y del testimonio humano de su vida ejemplar, sobre todo por dejar en el surco del recuerdo, su singular trayectoria de maestro vanguardista y siempre innovador, dentro de una larga y fecunda producción, en que la creatividad sin cortapisas fue su norte y una perenne apuesta por la "modernidad", fue su principal empeño.

El reconocimiento más palmario a su camino realizado radicaría en la creación, por la Caja de Extremadura, de un interesante Museo que guardará, para siempre, su ingente obra. Estábamos ya en 2001. Un sugestivo museo con la carga rural del entorno, en que se palpa su aliento y su ideario de hombre hecho para una trayectoria de fecundas realizaciones plásticas.

II. LA OBRA PLÁSTICA

1. UNA PERSONALIDAD, PLURAL

La misma contextura psicofísica del maestro Narbón parece haber determinado la dimensión de la obra plástica que realizó a lo largo de su trayectoria artística. Y es que no podía ser de otra manera, si tenemos en cuenta su modo de ser y de pensar, de situarse ante la vida, de visualizar cuanto le rodeaba, de comprender el mundo al que, en tantas ocasiones, puso en solfa criticándolo con ácidas reticencias.

Era un artista que le chorreaba la creatividad por todos los poros de su piel, porque era singular, y casi diría irreplicable. Polemista bullidor, siempre llevando en la boca de sus pinceles la agudeza de sus elaboraciones, el donaire de sus dibujos imprevisibles, el desgarrar de su punzantes venablos y la hipérbole de sus gestos verticales.

Nunca fue Narbón un fabricante de cuadros, sino que vino a trenzar con su paleta parábolas de viento y expresiones fascinantes que nos apasionaban. Le aburría la reiteración, por lo que caminó siempre descubriendo cosas y empeños nuevos, siendo un incorregible iconoclasta. De ahí que, su versatilidad y su mano magistral, lograron alcanzar el sello de maestro en los más variados modos del arte, que solían enraizarse en esa extremeñidad que tan presente estuvo en su obra.

Juan José Narbón ha sido uno de los pontífices máximos de la historia del arte extremeño, Medalla de Extremadura. Estamos ante un hombre enraizado en su medio vital, al que dedicara lo mejor de su arte personalísimo, reflexionando sobre sus páramos y secarrales, fabulando sus sentires, expresando sus pesares, y llegando al corazón de su más profunda esencia.

Estamos, en definitiva, ante un artista, pintor de raza y de fuerte sentido social, cirujano del pincel y radical iconoclasta, de normas y de cánones al uso, que reflexiona sobre su entorno rural, señalando injusticias, que habían sido patrimonio común de estas tierras, que pasaron ya, definitivamente, al acervo de su sobria paleta. Artista que caminaría por casi todos los caminos plásticos, para elegir aquellas formas que más sintonizaban con sus verdaderos sentimientos. Ha rastreado los estilos más dispares y ha construido todo un interesante mundo sígnico, ahormado con paleta gestual y violenta en muchas ocasiones, opulenta de símbolos y rica en connotaciones conceptuales.

Con los mimbres de este ajuar pictórico, realizó una obra amarga y doliente, unas veces; “profética”, otras; honda, reflexiva y meditada, en ocasiones, orgánica y antropocéntrica, siempre. Pero lírica y bella, pocas veces, porque, como el poeta francés Rimbaud, una tarde, en que sentó la belleza sobre sus rodillas, la encontró amarga, y por eso la despreció... Es decir, con “pocas rosas a flor de agua”, como dijera el poeta. Todo lo más, por el camino de la ironía, pulsaría el timbre del esteticismo, pero con escasas mieles, pues habría sido una

traición a su propia mismidad de artista comprometido con principios, de los que nunca renunció.

Este “romántico racionalista”, siempre quiso que su obra flotara dentro de sus convicciones estéticas, sin dejar de verse en él la expresión de una voluntad moral, como Hartung; desfogando su ira contra cierta sociedad, como Polloc; afirmando que la materia, es memoria, como Bergson, y señalando, como Futrier, que aquélla es la pura realidad existencial. A esas premisas, añadiría la irrupción de su peripecia plástica extremeña, con ribetes, de aliento creativo universal, válidas para todo tiempo y lugar.

Su obra nunca sería la simple proyección de su pensamiento estético, sino genuina prolongación de su mismo ser de pintor, que se vertía en exudaciones inquietantes y contradictorias, y a través de audaces introspecciones, cuya explicación se negaba a descifrar, como Marc Chagalll, para no romper con el encanto. Y de forma frecuente, se le encabritan sus reflexiones, mostrándonos su subconsciente, en que el espectador queda atrapado ante su mundo ensoñado con los seres y figuras más alucinantes.

2. CAMINOS DE REALIZACIÓN, TÉCNICAS Y ESTILOS

2.1. *Realismo figurativo y costumbrismo. Paisajes*

En los primeros años de la década de los cincuenta, Juan José Narbón, mostró un lenguaje de neto corte figurativo, de carácter ecléctico, no exento de los tuteos propios de estos momentos. Su iconografía se reducirá a la pintura de algunos retratos, de personajes conocidos, o familiares, así como bodegones de aliento intimista y algún que otro paisaje costumbrista, junto a naturalezas muertas, todo ello inmerso en la búsqueda de un estilo cada vez más logrado y maduro.

– “**Eulogio Blasco**” (1949). De gran interés como documento biográfico, es lienzo con dos partes diferenciadas: la cabeza —iluminada por una leve sonrisa y el brillo de unos ojos vivos— muy definida, y el resto del cuerpo abocetado, con pinceladas de larga andadura. El retrato, de convencional realismo, sería abandonado pronto por el pintor, dispuesto enseguida a romper moldes, o a evolucionar según los patrones de modas.

– “**Niño con molinillo**” (1953-1954). Marcado con los estigmas de la posguerra, posa inmerso en ambiente nostálgico y melancólico. Del convencionalismo anterior, Narbón ha derivado a una interpretación de sello personal, como en las proporciones de la cabeza, en que se observan elementos neofigurativos.

– “**La cesta**” (1953-1954). De aliento ascético, suavizado con un paño blanco y bañada con cierta atmósfera zurbaranésca, donde las luces y las calidades texturales juegan un papel capital. La mancha amarilla de la manzana introduce un detalle de cálida temperatura, que equilibra, así, los tonos grisáceos del fondo del cuadro.

– **“La silla”** (Primeros años 50). El artista vuelve a centrar su atención en otro icono, cercano y doméstico, reflejando en él una entrañable sensibilidad y realismo, inmerso en una escenificación teatral de perfiles llamativos, y un pronunciado claroscuro, haciendo que la luz caiga de lleno en la silla, dejando en penumbra el entorno.

– **“Retrato de mi madre”** (1958). Bella efigie, con leve poso sombrío. Los polos de mayor tensión plástica son la cara, las manos y el rostro, en que se palpa cierta tristeza concentrada y ensimismamiento nostálgico. El azul intenso del vestido, iluminado por una suave luz, se recorta en el azul, más claro, de un fondo neutro, que acoge a la figura, de perceptible envaramiento.

– **“Maternidad”** (1963). Se trata de una especie de ensayo. Hay una distancia clara con la mayoría de los ejemplos anteriores, en que el color solía estar presente, cuando ahora sólo una bicromía de blancos y grises envuelven el cuadro, con primitivo y simple dibujo.

– **“Bodegones”** (1964). Narbón los considera dentro de lo que denomina “nuevo impresionismo”. El color ordena la arquitectura de la obra, mediante dos manchas, una amarilla y otra verdoso-oscura y se ponen de relieve las calidades del cristal del vaso.

– **“Bodegón de la cafetera”** (1964). El color y la geometría vertebran el bodegón, de sello realista. El primero se cimienta en suave gama de blancos, ocre, amarillos, azules y naranjas; la segunda, se representa por elipses y círculos que dan cierta frialdad al conjunto, refinado y elegante. El fondo azulado, el correcto dibujo, el cuidado estudio de la luz y las calidades matéricas, completan los aciertos plásticos de este lienzo...

– **“Anciana”** (1964). Una fluctuación más de estos primeros años de afianzamiento pictórico y un dato más que nos señala su versatilidad. En este dibujo se evidencia una paladina demostración de su inclinación, por la técnica “cubista”, cuyas trepidantes líneas nos deparan, igualmente, un planteamiento de rotunda impronta futurista.

– **“Malpartideñas”** (1972). Cuatro mujeres sentadas al fresco, guardan el rito ancestral de nuestros pueblos extremeños, en ese cotilleo de entornos pueblerinos. Cuatro manchas oscuras, en planteamiento de friso, marcan un ritmo monocorde y difuso. El simbolismo costumbrista del cuadro es más importante que su calidad técnica, apoyado en fondo neutro que resalta las abocetadas figuras.

– **“Romería de la luz”** (1973). De carácter narrativo. No hay bullicio ni jolgorio en la escena, reducido todo a conversaciones en voz baja, entre figuras agrupadas. Repárese en sus cabezas, a base de puntos negros, o mostrando, invariablemente, un rostro opaco. El dibujo, esquemático, se organiza en masas distribuidas equilibradamente, con un cromatismo, de ocre, blancos, grises, azules y negros, hábilmente contrastados.

– **“Después de la romería”** (1973). Varios aldeanos descansan en unas peñas; los hombres, con los típicos sombreros y gorras; las mujeres, con pañuelos

negros... Únicamente la figura de un niño, abocetada y de blanca mancha, contrasta con el grupo, de figuración detallada y suelta pincelada.

– “**Maternidad**” (1970-1974). La madre, con perfil de medalla, mira atenta al niño que tiene en brazos. Una gama ocre da un toque de sobriedad y reciedumbre al lienzo, de un cierto carácter expresionista. La blandura del cuerpo del infante y la opacidad de su rostro son los detalles más visibles del lienzo.

– “**Aguadoras**” (1970-1974). Es patente la subjetivización de la forma, distribuida sólo en volúmenes redondos y elipsoides, buscando el expresionismo. Los grandes pechos caídos de las aldeanas señalan maternidades ubérrimas, muy comunes en estas tierras.

2.2. *Mimetismos foráneos*

La década de los sesenta va a ser para el pintor época de apertura, abriéndose a los experimentos de la etapa informalista, la que será determinante para su arte posterior. Así, pues, los puntos de referencia comenzarán a ser la llamada “pintura de acción”, de Kooning, de gran violencia gestual, mientras admira la fuerza plástica de Polloc; enfatizó la paleta con signos caligráficos, inspirados en el budismo “zen”, de Kline; se acercó al mundo sígnico, de gestos, de Hartung, y asimiló la pintura matérica de Fautrier. Asumió las tierras y arenas de Tapiés y los rudos materiales de Millares, como luego sacralizaría la neofiguración de Francis Bacon y las turbulencias de Kokoska.

Como se observa, los pinceles de Narbón, van succionando todo cuanto podía enriquecerle, mientras abandonaba lo realizado en sus primeras incursiones pseudo-academicistas. Y así empezó a estar presentes en su obra toda clase de recursos matéricos, los chorreos, los “gouaches”, las técnicas mixtas, que envolvía en acusada violencia formal y nueva disposición espacial, abandonando el ilusionismo de la tercera dimensión, tan criticada por los cubistas.

Son, pues, años de recepción de referencias internacionales; mas, con anterioridad, Narbón encontraría su camino personal, de expresión humana y paisajística propia, que iría a cristalizar, como hemos visto, en genuino costumbrismo regional, de toque ingenuista, acorde con su raíz popular, mediante manchas y pinceladas de larga andadura, y con sensuales gamas cromáticas. Se trataba de un mundo rural apacible, feliz en sus romerías, hábitos y costumbres, anclado en su terruño...

2.3. *Su encuentro con el hombre y su entorno extremeño*

Dando un paso más, en su proceso artístico, en este camino de “individua-ción”, Narbón se va a encontrar consigo mismo y con la desnuda piel de su re-

gión extremeña. Abriendo, pues, la boca de sus pinceles, siempre en permanente descubrimiento, y avanzando por ese “camino de barro y cristal”, como Canogar, encontró a su hombre extremeño, que, como el de Pablo Neruda, podría ser “tierra, vaso y párpado de fango”.

Había conseguido algo irreversible: afianzarse en su propia creatividad, sin salir de su terruño, sacudiendo, de momento, mimetismos, a la vez que creaba una obra personalísima y una mitología individual, de su propia cosecha. Tendría, así, y ante sí, un rico retablo de labriegos y campesinos, cuyos cuerpos y almas visualizó con retina perspicaz, ofreciéndonos una espléndida galería de rostros y semblantes.

Una vez parido el mito de su labriego, Narbón no se detiene en este alumbramiento, sino que, dando un paso más, vuelve a crear, como Fernando Leger, lo que éste denomina el “mito de la devoción”, mediante toda esa iconografía de imágenes conmovedoras, que rodean al campesino de nuestros páramos, magnificando su profunda fe en lo rural, que viene a ser el universo doméstico de esta tierra.

Mito que ha colocado en un paisaje tenso y dramático, a veces; extraño y surrealista en ocasiones. Abundan los paisajes desolados, de roca desnuda, martirizados por el viento de una historia compulsiva y lacerante; paisajes de voluminosas canchaleras, que parecen asfixiar a cuantos los transitan, y donde el horizonte explota de soledad y abandono; paisajes alucinantes, donde las grandes masas de granito parecen avanzar cual gigantescas orugas, en dirección indefinida; paisajes, en fin, donde está ausente el elemento decorativo mismo campesino, creado exige esta configuración esencial.

Pasemos ahora a hacer referencia a ciertos estereotipos que Narbón creó para nuestra contemplación:

– **“Asomándose en azul”** (1970). La cabeza de un asno, de simplicidad impresionante, se asoma por encima de un canchal, que semeja el cuerpo de un gran rumiante de dos jorobas. En las cuencas oculares del asno, se introduce el fondo, opaco, azul del lienzo, cuyo espacio se distribuye en dos grandes campos: uno de tono gris, con una peña salpicada de manchas y puntos oscuros; el otro, intensamente azul, constituye el horizonte, en que se recorta la silueta del burro...

– **“Campesino de los palos”** (1971). Es la “vaca sagrada” entre los iconos que Narbón creó para su mundo rural. Es el “elefante blanco”, que lidera a toda esa tropa de campesinos tarados, famélicos y analfabetos, que arrastran su vida como pueden. Es, en fin, la creación más talentosa de nuestro artista dentro de este registro.

– **“Amigos”** (1971). Un campesino, de torso bronceado y desnudo, acompaña con gesto amigable al pollino, cegado su ojo derecho por la nariz prominente, y el izquierdo, por un apretado trapo negro, como el de los burros que giran alrededor de la noria.

– **“Campesino al sol”** (1972). De esquema más o menos neofigurativo, estamos ante un tosco e impersonal campesino, auténtica caricatura del lugareño de

esta tierra; tocado con negra gorra, este bracero rural, de cuello de toro, arruga el entrecejo ante los rigurosos rayos de sol.

– **“Entre canchos”** (1972). Dos canchos dejan una estrecha puerta por donde apenas puede transitar el remedo de una figura humana, dispuesta a franquearla. Un dibujo seguro y unos celajes de cierta turbulencia, confieren un elemento dinámico a este entorno de soledad, silencio y aislamiento.

– **“Burros y hombres”** (1973). Se trata de una cruel deformación, tanto física como psíquica, de todo el conjunto. Todo se halla cerrado en este submundo de sabor irracional, desgarrador y sórdido. Los seis burros y los tres hombres integran una íntima mezcla, a través de enlaces encadenantes, resultando que uno de los ojos de los hombres sirvan para éstos y los asnos.

– **“Prehistórico San Francisco”** (1973). Una vez más, los iconos se hallan unidos por el afecto. Todo es apacible, en un ambiente de armónica convivencia, simbolizada por la presencia de tres palomas blancas, y por el buey y la mula, bíblicas. El dibujo sirve para simbolizar el clima, sin aristas que puedan enturbiar un entorno pobre y beatífico.

– **“Identificación”** (1973). Trilogía plástica de densa sociología rural, configurada por el triángulo: hombre, burro y árbol. Narbón señala a un escuálido pollino (con todos los estigmas de la neofiguración), que acompaña al campesino, de rostro opaco e inexpresivo, mirando al espectador de turno.

– **“S/T”** (1973). Por su representación iconográfica y por su título, estamos ante uno de los cuadros de mayor hermetismo. La interpretación podría ser ésta: Unas manos enormes, una de ellas con cuatro dedos, procedentes de cierto ser no visible, tapan los ojos de un animal de labranza, de voluminoso vientre. Y en medio de sus grandes orejas, aparece una cabeza rapada de anciano, con noble y ensimismado semblante.

– **“Duplicidad racial”** (1974). Dos aldeanos, de rostro cobrizo y reseco, cubriendo sendas testudes con sombrero, cuyas alas anchas están íntimamente unidas, han sido construidos con un dibujo aplomado y línea muy definida. El paisaje, de granito, se recorta en un horizonte ocre...

– **“Tu hermano”** (1974). Es un lienzo de hondo contenido sociológico, cuya patética figura denota la angustia existencial de un entorno marginal y marginado. La mirada hacia dentro del lugareño, la cuchillada en la frente y el rostro demacrado, junto a la velada impotencia del mismo, hacen que el espectador exclame: “¡Ecce homo!”.

– **“Autóctono”** (1974). Un remedo de campesino emboinado, recortado en un fondo de paisaje, en que aparece la silueta de un arbolillo, se asoma por la estrecha abertura que dejan libre dos masas de piedra. El simbolismo del lienzo es elocuente: Un hombre parece estar a punto de ser aplastado por las dos grandes masas, que parecen representar presiones sociales en un medio injusto.

– **“Burro”** (1974). Se recorta, ceniciento, en un horizonte de soledad y silencio. El páramo reseco y los celajes arrebolados, en atmósfera gélida, ponen

una nota de pintoresquismo, no exento de cierto halo de inquietante soledad. La monocromía del cuadro añade dramatismo al mismo, y un leve punto de trascendencia y marginalidad.

4. NUEVAS DIMENSIONES DE LA PINTURA. EL GRUPO DE LAS SERIES: ENTRE EL SIMBOLISMO, EL CONCEPTO Y LA ATRACCIÓN

En 1975, Juan José Narbón se marchaba a Gerona, donde realizará una labor artística, intensa, teniendo ocasión de relacionarse con otros pintores. Su obra, en términos generales, se basará en recordar tipos y costumbres, ya interiorizados de forma definitiva, iniciando una serie de dibujos, de fondo crítico, añadiendo, además, cierto sentido didáctico a estos trabajos seriados.

4.1. Las agrupaciones de las “Series”

Deberá señalarse, entre las series de esta época, las que se irán citando a continuación:

– **Serie “Campos de concentración”** (1975). De evidente vena política y de desgarrado aliento humano, trasunto, sin duda, de aquellas trágicas experiencias que pudiera haber tenido, tras haber visualizado, con ojos de adolescente, y, en parte, sufrido, a raíz de su conmovedor periplo por los caminos del exilio, en busca de su supervivencia, ya en plena Guerra Civil, o en la inmediata posguerra, hasta llegar a Extremadura, concretamente a Cáceres.

– **Serie “Gerona”** (1975). Realizada durante su estancia en dicha ciudad catalana, después de su experiencia con el pintor alemán, Wol Vostell, en la fundación del museo de Malpartida de Cáceres. El pintor nos muestra un mundo alucinante; o mejor, un submundo, donde es omnipresente la mujer, en actitudes esperpénticas y eróticas.

– **Serie “Sociedad de consumo”** (1976). Introduce Narbón un componente referencial sobre el fenómeno consumista, de gran calado sociológico. Para ello utiliza varios tipos de “collages” y otros medios plásticos, con todas sus posibilidades expresivas. En esta serie se persigue, sobre todo, el aspecto táctil y las violencias formales, en medio de nuevas disposiciones espaciales.

– **Serie “Oficinas”** (1981). Son montajes muy llamativos, no exentos de gran originalidad, intentando lograr del espectador ciertas reflexiones sobre el mundo repetitivo y burocrático de la oficina. Para ello utiliza unos recursos muy modestos, como simples huellas de tampones, impresos, encabezamientos de cartas, grapas, sobres...

– **Serie de las “Bandejas”** (1981-1982). Pegadas a su soporte, acogen en su interior algunos “collages”, con pequeños círculos blancos más dibujos pseu-

doinfantiles, representaciones de rostros humanos, muñequitas esbozadas, cual bailarinas y latas de sardinas; algunos dibujos de sencillez primitiva, plasmados en fragmentos de papel de envolver y trazos de acusada gestualidad; trozos de tiza blanca, como diminutos prismas.

– **Serie de dibujos con nombres exóticos** (1982). En la entrevista que tuve con el maestro, en su día, le pregunté a qué se debía su preocupación por los nombres tan “exóticos” que utilizaba en la serie. A lo que me contestó diciendo que era a fin de “reivindicar nuestro dialecto extremeño”.

– **Serie “Técnica mixta-madera”** (1982). De nuevo, el transfondo de lo inconsciente. Son explosiones de formas, fogonazos que parecen producirse en interioridades desconocidas. Signos cabalísticos. Y formas sugeridas, como alas de pájaro. En ocasiones, la abstracción lírica muestra formas de gran belleza (“Amrius”, 1982), de fuerte sesgo lírico-místico.

– **Serie “Transvanguardia ocre”** (1982-1983). Integrada por pinturas de técnica mixta, ciertos dibujos y objetos, viene a ser un lenguaje plástico escultopictórico. Mediante una semántica de títulos arrancados de la dialectología de la tierra, se observan elementos que conforman cuadros, donde la textura de los materiales y su corporeidad, tienen mucho que decir.

– **Serie “Hojas de Encina”** (1983). Una constelación de formas crispadas y compulsivas, con movimientos incontrolados, nos lleva a un mundo fantasmagórico y surreal. La plumilla ha recorrido los caminos más inverosímiles y fantásticos.

– **Serie “Simbiosis”** (1983). Se evidencia, de nuevo, una avalancha de signos, gestos y movimientos, productos de esa “percepción visionaria” de que nos habla el actual director del MEIAC, badajocense. Serie que muestra las excavaciones más ácidas de su subconsciente.

– **Serie de carboncillos** (1984). Realizados entre la figuración y la abstracción, su gestualidad sigue siendo denominador común, así como, las tonalidades ocres, aunque algunas posean una gama cromática azulada.

– **Serie “Puertas”** (1985). Su esquematismo depara una obra hermética y equívoca, como algo emanado del subconsciente. Lo que viene a mostrar un mundo misterioso, donde viven seres extraños, que pueden ser tildados de extra-terrestres, en ocasiones.

– **Serie “Floreros”** (1988). “Los floreros —dice Narbón— son objetos inventados y féretros enlatados de colores...”. Hay en ellos una voluntad de envilecer este “objeto”, tradicionalmente atractivo, reduciéndose a estúpidos remedios de aquéllos.

– **Serie “Limbo”** (1988). Utiliza pastel, carboncillo y cartón. Se trata de dibujos monocromos en ocre, habiendo desaparecido el fárrago de líneas, las sucias manchas y esa interminable mezcla de puntos, espirales y goteos...

– **Serie “Bocetos”** (1988). Se reiteran el onirismo y las formas descoyuntadas, lo críptico y lo cabalístico. Y se vuelve al texto con pujos de filosofía moralizante.

Son evidenciados, una vez más, los cilindros, el goteo, los falos y la línea retorcida y perifrástica.

– **Serie “Escaleras al cielo”** (1988-1989). Pintura lírica y conceptual al mismo tiempo. Con una arquitectura, con sentido de lo frágil y lo delicado. Serie, que es producto directo de un elaborado proceso mental, a pesar de su aparente simplicidad.

– **Serie “Estudio”** (1984). De sello abstractista, pero también de gran violencia gestual. No obstante, Narbón no abandona los cilindros mencionados de otras ocasiones. Pero, esta vez, no suelen estar presentes los textos escritos junto a los dibujos.

– **Serie “Portada de novelas”** (1984). Son patentes dos rasgos, a guisa “leit motiv”. Nos referimos a su expresionismo y a su evidente onirismo. Los dibujos son elegantes y de trazo escueto, junto a unos tonos cromáticos atemperados, salvo ciertos con fuertes tonos.

– **Serie “Varios”**(1990). Un dibujo esquemático, para una tonalidad suave, vertebrada unos cuadros abstractos, donde la tiza y el carbón se resisten a marcar derroteros figurativos.

– **La Serie de las Cabezas:**

- **“Cabezas extremeñas”** (1977-1978). Hay un evidente envilecimiento y degradación en estas cabezas, con despiadada intencionalidad de estigmatización, proyectando en ellas una evidente tara psico-física.
- **“Cabeza de muchachu”** (1978). Las formas son sugeridas, limitándose a una expresión gestual, con curvas amplias. La expresión del rostro, pronunciadamente esférico, es claramente centrípeta, lo que puede tener una interpretación de seres que son incapaces de salir de su ruina moral y física.
- **“Cabezas simbióticas”** (1975-1984). Las líneas ahora no tienen un rumbo cierto, dejando que el lápiz se deslice en numerosas direcciones, de forma caprichosa. Líneas que cabalgan entre lo figurativo y la abstracción, compulsivas y arbitrarias.
- **“Escapándose hacia la mosca”** (Cabeza) (1983). Se observan planteamientos cubistas y rasgos aproximados a un mayor realismo. Este dibujo, entre la abstracción y la figuración, se mueve dentro de parámetros oníricos.
- **“La cabeza de la gorra”** (1976). Tanto la propia cabeza como el cuello, está realizado por medio de rasgos curvos, de gran gestualismo. Son trazos gruesos que acentúan los rasgos fisonómicos de estos labriegos, abrasados por los vientos de las reseca estepas extremeñas.
- **“¡Esto sí que es raro!”** (1984). También la cabeza en esta ocasión, tiene la misma expresión, con los ojos herméticamente cerrados, como queriendo continuar, “sine die”, en este mundo cerrado en que se encuentran tales seres, deformes, física y psíquicamente.

5. OTRAS VANGUARDIAS Y LENGUAJES PLÁSTICOS

He aquí unos ejemplos:

Templo (1985). Se trata de dos masas afrontadas, dos figuras de cierta tosquedad, embutidas en dos volúmenes informes, que parecen dialogar. Los puntos negros, con su pequeño filamento, parecen vivificar las dos masas inertes, que devienen convertirse en bloques orgánicos.

Dama de pájaro a la izquierda (1985). Tres estrellas clavadas en el horizonte parecen unir dos formas puntiagudas, indefinidas, que rodean, a la vez, a una especie de filamento emergente, que termina siendo una espiral más.

Familia (1985). Tres puntos de tensión, constituidos por tres espirales, vertebran el cuadro, de arquitectura farragosa, pero, a la vez, simétrica. Se repiten los recursos de siempre: goteos, líneas quebradas, manchas y las tonalidades ocres y grisáceas.

Árboles (1985). Una especie de gran falo descansa en el dibujo convexo que tiene en frente, mientras que sale de él unas gotas que pueden interpretarse como líquido revitalizador de una tierra reseca y estéril.

Chumbera (1985). De esquema confuso y abigarrado, integrado por una serie de “higos”, a los que el artista ha convertido en arañas o garrapatas repugnantes. La misma tonalidad verdoso-oscura subraya aún más la interpretación dada a los elementos de la chumbera.

Maternidad (1985). La maternidad ha sido diseñada desde planteamientos tan oníricos y, a la vez, repugnantes: la madre es algo informe y grosero, que rechaza cualquier mirada amable, su cabeza es un tosco higo chumbo, y sus miembros están constituidos por una orografía abrasada y sarmentosa.

El “Grafito rural” (1988). Su mensaje se arropó con la grafía ambivalente, en alas de su fantasía, ubérrima. En lúdica, y a la vez honda introspección, Narbón ha proyectado sobre el lienzo, la madera, el papel, el cartón y el “collage”, un caudaloso río de gestos y elucubraciones crípticas, que devienen en imparable frenesí de reflexiones, gritos, aullidos, bostezos, exudaciones exotéricas, etc.

BIBLIOGRAFÍA

Cabrera, P., “Narbón se va”, *Hoy*, mar. 1975.

Calvo Serraller, F., “La sorpresa de Narbón”. *El País*. Madrid, 8 en 1983.

— “La sorpresa de Narbón”, Catálogo, Las soledades de Narbón, pp. 275. MEIAC, Badajoz, 2003.

Franco Domínguez, A., “Cabezas (1977-1979), “Juan José Narbón”. Colección La Centena, núm. 96. Ed. Editora Regional de Extremadura. Junta de Educación y Cultura. Salamanca, 1986.

- Franco, Antonio, "Un pensamiento visionario". Catálogo, Las soledades de Narbón", pp. 10-11, MEIAC, Badajoz, 2.003.
- González, J., "Narbón: un avanzado de las vanguardias extremeñas". *Revista Cáceres Cultural*. Año 1. n. 3. Abr.-May. 1983.
- Lorenzo, S., "Narbón, un niño marcado por la guerra", *Hoy*, sep. 1989.
- Lozano Bartolozzi, M.M., "Una particular visión de Extremadura", *Hoy*, dic. 1989.
- "El lenguaje plástico de Juan José Narbón. *Editora Regional de Extremadura*, Mérida, 1989.
- "Narbón o la Extremadura doliente", *Hoy*, Badajoz, jun. 1977.
- Moreno Quintanilla, S., "Narbón al desnudo", *Hoy*, oct. 2001.
- Navareño Mateos, A., Garrido Santiago, M., "Narbón: "La renovación incansable". *Extremadura*, abril 1987.
- Oliver Marcos, J.A., "Juan José Narbón", *Rev. Alcántara*, XXIX. N. 171, abr.-jun., 1973, p. 8.
- Ortiz, J.M., "Juan José Narbón: 'Amo a Extremadura diciendo cómo se puede amar'. *Extremadura*, ago. 1991.
- Paredes, T., "Narbón, emoción y sabor de Extremadura". *Hoy*, nov. 1986.
- Paredes, A., "El resplandor extramaduro de su pintura deslumbra Madrid". *Extremadura*, nov. 1986.
- Perales Piqueres, R., "Juan José Narbón. Pintor". *Rev. Oeste*. Colegio Oficial de Arquitectos de Extremadura. Nº 13. Ed. COADE. Cáceres, 1995, p. 137.
- Pizarro Gómez, E. y Moreno Jiménez, V., "El Museo Narbón. Respeto e interpretación. Idealismo y Pragmatismo". *Rev. Habitex, Arquitectura, vivienda y ciudad*. Año II. Nº 10. Sep.-Oct. 2001.
- Sánchez, P. "La emoción de sentirse reconocido y querido", *Hoy*, sept. 1991.
- Simón, J.C., "Narbón, por tierras catalanas". *Hoy*, oct. 1975.
- Vaz-Romero Nieto, M., "Narbón o el sarcasmo de una fantasía", *Hoy*, ag. 1983.
- "Un primer premio para Narbón", *Extremadura*, oct. 1984.
- "Narbón y su exposición antológica", *Hoy*, jun. 1986.
- "Narbón y su lúdica introspección". *Hoy*, mar. 1988.
- "Narbón, creador de símbolos y lenguajes plásticos". *Rev. Alcántara*, may.-ag. 1998, p. 111.
- "Narbón y su pensamiento estético". *Catálogo de la exposición Portas abertas*. Sala do Castelo de Campo Mayor (Portugal), 1998.